

Fernando Parra Nogueras

# El antropoide

*Un libro sobre la  
identidad, los deseos y  
la domesticación de  
nuestra parte salvaje.*

*Candaya Narrativa, 71*

Primera edición: enero 2020

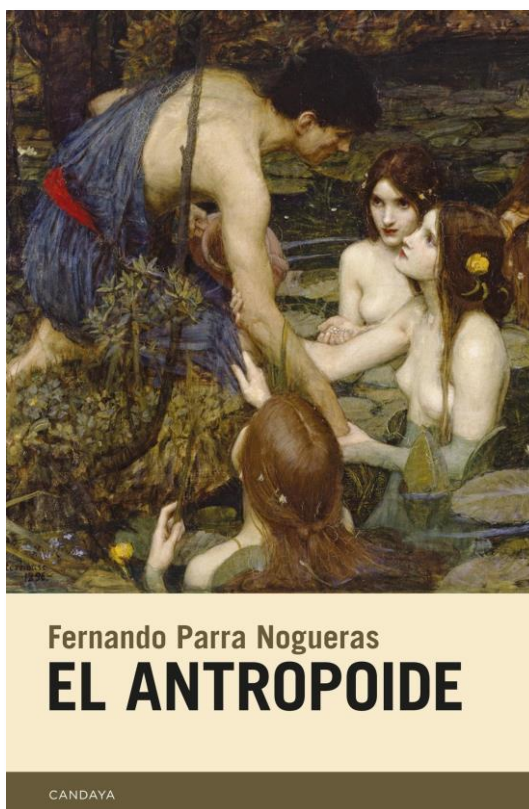
Diseño de la colección: Francesc Fernández

Imagen de la cubierta: "Hylas y las ninfas"  
de John William Waterhouse

ISBN: 978-84-18504-23-5

21x14 cm; 288 págs.

PVP: 17€



## FRAGMENTO DE *EL ANTROPOIDE*

El sonido de las pulseras y el de los tacones sobre el pasillo enmoquetado del tren ya anunciaban su epifanía, como las baquetas y los crótalos de los coribantes frigios invocando a una nueva Cibeles. Sin embargo, Eduardo no volvió la mirada hacia ella, no fuera a ser que su curiosidad malsana lo convirtiera, como a Lot, en estatua de sal. Esperó paciente a que superara su asiento y, al pasar a su lado, la lozanía de su cuerpo oreó el rancio ambiente del tren con una delicada fragancia afrutada, casi infantil, como de bosque que nace o pulpa mordida. Arrastraba una maleta demasiado pesada que sus delgados brazos vacilantes, completamente extendidos hacia arriba, trataron de colocar sobre el porta equipajes superior. Bella halterofilia que obligó a la blusa a levantarse más

arriba del vientre, descubriendo el piercing de su ombligo y los lacitos sobre la goma de las bragas, que Eduardo deshacía en su pensamiento para imaginar el secreto que escondían aquellos dóciles cancerberos de lúbricos inframundos. Después, una vez colocada la maleta con muchas dificultades (nadie en el tren quiso desbaratar la sugerente estampa ofreciéndose a ayudarla), la chica, de puntillas, manipuló algo dentro de ella. En su operación, la blusa ciñose al pecho, dibujando unos senos pequeños, algo más grandes que una mandarina, y unos pezones demasiado evidentes para concluir que llevara algo más debajo de la tela. De la maleta extrajo entonces un libro y seguidamente, se acomodó en su asiento, situado frente al de Eduardo. Este pudo comprobar, no sin cierto desencanto, que el título de la novela –pues a ese género correspondía el tomo extraído del equipaje– remitía a la última y exitosa bazofia de literatura erótica. Pese a ello, la coyuntura no dejaba de ser estimulante, pues se aunaban en ella algunas consideraciones altamente sugestivas: la chica desplegaba la portada del conocido libro con absoluta naturalidad y sin rubor alguno, indiferente a cualquier juicio de valor que pudiera provocar entre el resto de pasajeros la naturaleza de su lectura, lo que descartaba en ella cualquier atisbo de mojigatería. Esta circunstancia encendía el deseo de Eduardo, un deseo distinto de aquel gradual y dosificado que suscitaban los largos y extenuantes protocolos de los cortejos, sino ese otro deseo urgente que se desparrama imperioso y apremiante movido por la conciencia de lo inminente, el deseo que se tensa en los últimos segundos de la espera, alerta al inevitable y cercano momento en que salta el débil resorte y revienta el frágil dique de la compostura. Pero es que, además, –y esto Eduardo lo sabía bien– el burdo autor de la novela no había escatimado la brocha gruesa de las palabras ni las escenas más procaces y explícitas. Eduardo sabía que aquellos ojos claros e inocentes de la muchacha se encenagaban en cada renglón con todo aquel ditirambo de la

obscuridad y que ella aceptaba refocilarse en el lodazal de cada descripción, pervertirse sin azoramiento ni discreción ni escrúpulo social en cada pasaje turbio.

Era como sorprender a una muchacha en la intimidad consumiendo una película pornográfica, como una mujer que ante un degenerado exhibicionista no aparta, ni ofendida ni turbada, los ojos de aquello que el depravado le muestra, sino que, antes al contrario, los mantiene fijos en el impúdico objeto inoculándose la imagen con voluntario envilecimiento. Todo esto excitaba a Eduardo, pues consideraba la asequibilidad de aquella chica que, presa de su arrobamiento erótico y en pleno trance que el arrebol de sus mejillas parecía delatar, se antojaba oscuramente abordable a poco que él le mostrase la más pequeña señal de insinuación y complicidad, a la que no podría sustraerse – barruntaba Eduardo– encendida como debía de estar por los incitantes pasajes literarios. Enfrascada en la lectura, Eduardo observaba cómo el flequillo de la muchacha le caía a ratos sobre los ojos, cubriéndolos como celosía que ocultara la reacción de su mirada ante lo que leía. Luego, sin dejar de leer, se recolocaba el cabello parsimoniosamente por detrás de las orejas. A veces, mordía levemente su labio inferior o un episodio del libro la suspendía en un raptó de la imaginación que la mantenía largos segundos con la mirada perdida en un punto inconcreto del suelo, quizá reproduciendo la última escena, ajena a la vigilancia de Eduardo, que acariciaba la idea de que levantase al fin los ojos hacia él. Pero, tras el lascivo ensimismamiento, la muchacha se limitaba a emitir un suspiro y retomaba de nuevo el libro, sin notar el acecho lujurioso de los ojos de Eduardo. En su ingenuo descuido, separaba las piernas con indolencia mientras los labios bisbiseaban las palabras para deleite de quien, como Eduardo, podía escrutar, dentro de la boca de ella, las eses de nuestro bendito alfabeto.

Claro que, todo esto lo pensaba Eduardo después de haberse derramado sobre el preservativo que todavía cubría su miembro palpitante. Porque mientras Eduardo se

masturbaba en la cama pensando en aquella chica del tren de la mañana, en el cinerama vertiginoso de su mente no aparecían ni los alfabetos, ni las celosías, ni las bíblicas estatuas de sal, ni las Cibeles con sus coribantes frigios, ni hostias, sino una nínfula con el vestido subido hasta la cintura y las bragas en los tobillos, colocada a horcajadas sobre su vientre y a quien Eduardo imaginaba penetrar sujetándola con los brazos por las nalgas, a la luz lechosa y parpadeante del lavabo del tren entre olores a orines y desinfectante; y los cóctalos con los que ahora adornaba su relato habían sido antes los golpes sordos de la nuca de ella impactando contra la pared del lavabo hacia donde la empotraba en cada embestida alucinada.